

ANNIE ERNAUX
EL LUGAR

Traducción de Nahir Gutiérrez

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *La Place*

1.^a edición: abril de 2002

1.^a edición en esta nueva presentación: marzo de 2020

© Éditions Gallimard, 1983

© de la traducción: Nahir Gutiérrez, 2002, 2020

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquets-editores.es

ISBN: 978-84-9066-801-6

Depósito legal: B. 2.921-2020

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. L.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Hice los exámenes prácticos de aptitud pedagógica en un instituto de Lyon, por la zona de la Croix-Rousse. Un instituto nuevo, con plantas en la parte reservada a la administración y al cuerpo docente, y una biblioteca con el suelo enmoquetado de color arena. Allí esperé a que vinieran a buscarme para dar mi clase, objeto del examen, ante el inspector y dos asesores, profesores de letras muy reputados. Una mujer corregía exámenes resueltamente, sin dudar. Me bastaba con salir airoso la siguiente hora para poder hacer lo mismo que ella durante toda mi vida. Ante una clase de bachillerato de ciencias expliqué veinticinco líneas —había que numerarlas— de *Papá Goriot*, de Balzac. «Me temo que no ha sabido despertar el interés de sus alumnos», me reprochó el inspector más tarde, en el despacho del director. Estaba sentado

entre los dos asesores, un hombre y una mujer miope con zapatos de color rosa. Yo, enfrente. Durante un cuarto de hora alternó críticas, elogios, consejos, y yo apenas escuchaba, preguntándome si todo eso significaba que estaba aprobada. De pronto, los tres se pusieron de pie a la vez, como en un mismo impulso, con el semblante grave. Yo me levanté también, de forma precipitada. El inspector me tendió la mano. Después, mirándome fijamente a la cara dijo: «Señora, la felicito». Los otros repitieron «la felicito» y me estrecharon la mano, la mujer con una sonrisa.

No dejé de pensar en aquella ceremonia hasta la parada del autobús, con rabia y con una especie de vergüenza. Esa misma noche escribí a mis padres que ya era profesora «titular». Mi madre me respondió que se alegraban mucho por mí.

Mi padre murió exactamente dos meses después. Tenía sesenta y siete años y regentaba con mi madre un café-colmado en un barrio tranquilo, no lejos de la estación, en Y... (en el departamento del Seine-Maritime). Contaba con retirarse en un

año. A menudo, durante unos segundos, ya no sé si la escena del instituto de Lyon tuvo lugar antes o después, si el mes de abril ventoso en que me veo esperando el autobús en la Croix-Rousse debe preceder o seguir al asfixiante mes de junio de su muerte.

Fue un domingo, a primera hora de la tarde.

Mi madre apareció en lo alto de la escalera. Se enjugaba los ojos con la servilleta que seguramente se había llevado consigo al subir a la habitación después de comer. Dijo con voz neutra: «Se acabó». No me acuerdo de los minutos posteriores. Únicamente vuelvo a ver los ojos de mi padre fijos en algo detrás de mí, lejos, y sus labios encogidos por encima de las encías. Creo que le pregunté a mi madre si le cerrábamos los ojos. Junto a la cama estaban también la hermana de mi madre y su marido. Se ofrecieron para ayudar a asearlo y a afeitarlo, porque había que darse prisa antes de que el cuerpo se pusiera rígido. A mi madre se le ocurrió que podíamos vestirlo con el traje que había estrenado para mi boda, tres años antes. Toda la escena

se desarrollaba serenamente, sin gritos ni sollozos, mi madre solo tenía los ojos rojos y un rictus inalterable. Los gestos se sucedían tranquilamente, sin aspavientos, con palabras corrientes. Mi tío y mi tía repetían: «Realmente, ha sido muy rápido», o «Cómo ha cambiado». Mi madre se dirigía a mi padre como si aún estuviera vivo o lo habitara una extraña forma de vida, parecida a la de los recién nacidos. Varias veces le llamó «mi pobre papá» de forma cariñosa.

Después de afeitarlo, mi tío incorporó el cuerpo, lo sostuvo levantado para quitarle la camisa que había llevado esos últimos días y cambiársela por una limpia. La cabeza le caía hacia delante, sobre el pecho desnudo, cubierto de manchas. Por primera vez en mi vida vi el sexo de mi padre. Mi madre lo disimuló rápidamente con los faldoles de la camisa limpia y, como riéndose un poco, musitó: «Esconde tus miserias, pobrecito mío». Acabado el aseo, juntaron las manos de mi padre alrededor de un pequeño rosario. Ya no sé si fue mi madre, o mi tía, quien dijo: «Así está mejor», es decir, limpio, decoroso. Yo cerré las persianas y fui a levantar a mi hijo de su siesta en la habitación de al lado. «El abuelo está dormido.»

Avisada por mi tío, vino la familia que vivía en Y... Subían con mi madre y conmigo y se quedaban silenciosos ante la cama durante unos instantes, luego susurraban unas palabras sobre la enfermedad y el duro final de mi padre. Cuando bajaban, les ofrecíamos algo de beber en el café.

No me acuerdo del médico de guardia que certificó la defunción. En unas horas, el rostro de mi padre se hizo irreconocible. A última hora de la tarde me quedé sola en la habitación. El sol se filtraba a través de las persianas sobre el linóleo. Ya no era mi padre. La nariz se veía desproporcionada en aquella cara hundida. El rostro de hombre que tenía una hora después de morir, con sus grandes ojos abiertos y fijos, ya había desaparecido. Tampoco ese rostro volveré a verlo.

Empezamos a organizar el entierro, el tipo de pompas fúnebres, la misa, las esquelas, la ropa de

luto. Me daba la impresión de que aquellos preparativos no tenían nada que ver con mi padre. Una ceremonia de la que, por alguna razón, él estaría ausente. Mi madre se encontraba en un estado de gran excitación y me confió que, la noche anterior, mi padre la había buscado a tientas, cuando él ya ni siquiera hablaba. Añadió: «¿Sabes?, de joven era un chico muy guapo».

El olor llegó el lunes. Jamás lo hubiera imaginado. Un leve hedor primero, después horrible, de flores olvidadas en un jarrón con agua podrida.

Mi madre solo cerró la tienda para el entierro. Si no, hubiera perdido clientes y no podía permitirselo. Mi padre muerto descansaba arriba mientras ella servía licores y vino tinto abajo. Lágrimas, silencio y dignidad, así es como hay que comportarse ante la muerte de un ser querido según la concepción elegante del mundo. Mi madre, como el resto del vecindario, cumplía esas reglas sociales con las que la dignidad no tiene nada que ver. Entre la muerte de mi padre el domingo y el entierro el miércoles, cada parroquiano, tan pronto como se sentaba, comentaba el suceso lacónicamente, en voz baja: «Parece mentira, tan rápido...»,

o con falsa jovialidad: «Así que el patrón se rindió». Explicaban su emoción al enterarse de la noticia: «Me dejó trastornado», «Sentí algo, no sé...». Querían demostrarle a mi madre que no estaba sola en su dolor, una forma de cortesía. Muchos recordaban la última vez que le habían visto sano y rastreaban todos los detalles de ese último encuentro, el lugar exacto, el día, el tiempo que hacía, lo que se dijeron. Esa minuciosa evocación de un instante en el transcurrir de la vida servía para poner de manifiesto lo inexplicable de la muerte de mi padre. También, por cortesía, querían ver al patrón. Sin embargo, mi madre no accedió a todas las peticiones. Ella distinguía entre los buenos, movidos por un afecto sincero, y los malos, empujados por la curiosidad. Prácticamente todos los parroquianos del café tuvieron permiso para decir adiós a mi padre. Menos la esposa de un empresario, vecino nuestro, porque mi padre nunca la había soportado cuando estaba vivo, a ella y su boquita de piñón.

Los de pompas fúnebres vinieron el lunes. La escalera que sube de la cocina a las habitaciones resultó ser demasiado estrecha para que pasara el féretro. Tuvieron que envolver el cuerpo en una bolsa de plástico y, más que llevarlo, arrastrarlo por los escalones hasta el ataúd colocado en el

centro del café, que había cerrado durante una hora. Tardaron un buen rato en bajarlo, en medio de los comentarios de los empleados acerca de la mejor manera de hacerlo, de cómo girar en el descansillo, etcétera.

En la almohada seguía hundida la parte donde él había apoyado la cabeza desde el domingo. Mientras el cuerpo estuvo allí, no habíamos arreglado la habitación. La ropa de mi padre todavía estaba encima de la silla. Del bolsillo de su mono de trabajo saqué un fajo de billetes, la recaudación del miércoles anterior. Tiré los medicamentos y llevé la ropa a lavar.

La víspera del entierro hicimos ternera guisada para la comida que seguiría a la ceremonia. Hubiera sido una falta de delicadeza para con la gente que te hace el honor de asistir al funeral dejarla volver a casa con el estómago vacío. Mi marido llegó por la tarde, bronceado, incómodo por un luto que no sentía como suyo. Se le veía más fuera de lugar que nunca. Dormimos en la única cama de matrimonio, aquella en la que había muerto mi padre.

En la iglesia había mucha gente del barrio, mujeres que no trabajan, obreros que se habían tomado una hora libre. Por supuesto, ninguna de las personas de buena posición con las que mi padre tuvo algún trato se tomó la molestia de ir, y tampoco otros comerciantes. Él no formaba parte de ninguna asociación, pagaba su cuota a la unión comercial, sin participar en nada. En la oración fúnebre, el cura habló de «una vida de honestidad, de trabajo», de «un hombre que nunca hizo daño a nadie».

Llegó el momento de recibir el pésame. Por un error del sacristán que se encargaba de ello —a menos que concibiera aquella estrategia de dar una vuelta extra para aparentar un mayor número de asistentes—, las mismas personas que ya nos habían estrechado la mano volvieron a pasar. Esta vez, una ronda rápida y sin condolencias. En el cementerio, cuando bajaron el féretro, oscilando entre las cuerdas, mi madre estalló en sollozos, como el día de mi boda durante la misa.

La comida posterior al entierro tuvo lugar en el café, en las mesas dispuestas una a continuación

de la otra. Al principio, todo el mundo estaba muy callado, luego la gente empezó a hablar. Mi hijo, que acababa de despertarse de una buena siesta, se acercaba a unos y otros ofreciéndoles una flor, piedrecitas, todo lo que encontraba por el jardín. El hermano de mi padre, sentado bastante lejos de mí, se inclinó para poder verme y me soltó: «¿Te acuerdas de cuando tu padre te llevaba en bicicleta a la escuela?». Tenía la misma voz que mi padre. Hacia las cinco, los invitados se fueron. Ordenamos las mesas sin hablar. Mi marido tomó el tren de vuelta esa misma noche.

Yo me quedé unos días con mi madre para las gestiones y formalidades habituales después de un deceso. Registro en el libro de familia, en el ayuntamiento, pago de los servicios funerarios, contestar a la gente que nos había dado el pésame. Nuevas tarjetas de visita: «Señora *viuda* de A... D...». Un periodo en blanco, sin pensar. Varias veces, mientras caminaba por la calle, me decía a mí misma: «Ya eres una persona mayor» (como cuando mi madre, tiempo atrás, me comentó: «Ya eres una mujer», al venirme la regla).

Sacamos toda la ropa de mi padre para repartirla entre la gente que pudiera necesitarla. En su chaqueta de diario, colgada en la bodega, encontré su

cartera. Dentro había algo de dinero, el carnet de conducir y una foto metida dentro de un recorte de periódico. La foto, antigua, de esas de bordes dentados, mostraba un grupo de obreros alineados en tres filas mirando al objetivo, todos con gorra. La típica foto de los libros de historia para «ilustrar» una huelga o el Frente Popular. Reconocí a mi padre en la última fila, el semblante serio, preocupado. Muchos están riendo. El recorte de periódico eran los resultados, por orden de mérito, de las pruebas de acceso de los bachilleres a la Escuela Oficial de Magisterio. El segundo nombre era el mío.

Poco a poco, mi madre se tranquilizó. Servía a los clientes como antes. Sola, se la veía abatida. Adquirió la costumbre de ir al cementerio cada mañana temprano, antes de abrir la tienda.

En el tren de vuelta, el domingo, yo intentaba entretener a mi hijo para que estuviera tranquilo, a los pasajeros de primera no les gustan el ruido ni los niños que no paran quietos. De pronto, pensé con estupor: «Ahora sí que soy una auténtica burguesa» y «Es demasiado tarde».

Después, en el transcurso del verano, mientras esperaba mi primer empleo, pensé: «Tendré que contar todo esto». Quería hablar, escribir sobre mi padre, sobre su vida, y esa distancia que surgió entre él y yo durante mi adolescencia. Una distancia de clase, pero especial, que no tenía nombre. Como el amor dividido.

Así que empecé una novela en la que él era el protagonista. Sensación de asco a mitad de la narración.

Poco después me doy cuenta de que la novela es imposible. Para contar una vida sometida por la necesidad no tengo derecho a tomar, de entrada, partido por el arte, ni a intentar hacer algo «apasionante», «conmovedor». Reuniré las palabras, los gestos, los gustos de mi padre, los hechos importantes en su vida, todas las señales objetivas de una existencia que yo también compartí.

Nada de poesía del recuerdo, nada de alegre regocijo. Escribir de una forma llana es lo que me resulta natural, es como les escribía en otro tiempo a mis padres para contarles las noticias más importantes.

La historia comienza unos meses antes del siglo xx, en un pueblo de la región normanda del País de Caux, a veinticinco kilómetros del mar. Los que no poseían tierras *se arrendaban* a los grandes granjeros de la región. Así pues, mi abuelo trabajaba en una granja como carretero. En verano también segaba el heno y se ocupaba de la recolección. No hizo otra cosa en su vida desde que tenía ocho años. El sábado por la noche entregaba a su mujer toda la paga y ella le daba la semana para ir a jugar al dominó, tomarse unos vinos. Volvía borracho, aún más sombrío. Por cualquier cosa repartía gorrizos a los críos. Era un hombre duro, nadie se atrevía a buscarle las cosquillas. Su mujer *no era precisamente feliz*. Esa maldad era su energía vital, su fuerza para soportar la miseria y sentirse un hombre. Lo que más le irritaba era ver en su casa a alguien de su familia ensimismado en un libro o en un periódico. Él no había tenido tiempo de aprender a leer y a escribir. Contar sí sabía.

Yo solo vi a mi abuelo una vez, en el asilo donde moriría tres meses después. Mi padre me llevó de la mano por entre dos hileras de camas,

en una sala inmensa, hacia un viejecito de hermosa cabellera blanca y rizada. Reía continuamente mientras me miraba, con mucha simpatía. Mi padre le pasó una botella de cuarto de aguardiente, que él deslizó enseguida bajo las sábanas.

Siempre que me hablaban de él comenzaban por lo de que «no sabía leer ni escribir», como si su vida y su carácter no se comprendieran sin esa circunstancia inicial. Mi abuela sí que aprendió, lo hizo en la escuela de monjas. Como otras mujeres del pueblo, tejía en casa para una fábrica de Ruan, en una habitación sin ventilación, sin más claridad que la de unas ventanas alargadas, un poco más anchas que troneras. La luz no debía estropear los tejidos. Era una mujer limpia y muy de su casa, cualidad muy apreciada en un pueblo donde los vecinos vigilaban la blancura y el estado de la ropa tendida a secar, y sabían si se vaciaban los orinales todos los días. Aunque las casas estaban separadas unas de otras por setos y desniveles, nada escapaba a la vista de la gente, ni la hora a la que el marido había vuelto del bar, ni la semana en que los paños higiénicos debían balancearse al aire.

Mi abuela tenía incluso cierta clase, en las fiestas llevaba un falso culo, hecho de cartón, y no meaba de pie, bajo las faldas, como hacía la ma-

yoría de las mujeres del campo por comodidad. Cuando rondaba los cuarenta años, después de cinco hijos, la asaltaron pensamientos oscuros y dejó de hablar durante días. Más tarde, reuma en las manos y en las piernas. Para curarse iba a ver a san Riquier, a san Guillermo del Desierto, y frotaba la estatuilla con un paño que se aplicaba luego en las partes enfermas. Poco a poco dejó de caminar. Alquilaban un coche de caballos para llevarla a los santos.

Vivían en una casa baja, con techo de caña y suelo de tierra batida. Bastaba con regar antes de barrer. Vivían de lo que sacaban de la huerta y el gallinero, de la mantequilla y la nata que el granjero daba a mi abuelo. Pensaban con meses de antelación en las bodas y las comuniones, a las que acudían con el estómago vacío de tres días para aprovechar mejor. Un niño del pueblo, convaleciente de escarlatina, murió ahogado por los vómitos de trozos de pollo y pavo con que le habían atiborrado. En verano, los domingos asistían a las «asambleas», donde se divertían y bailaban. Un día, mi padre se subió a la cucaña y se deslizó abajo sin haber desatado el cesto de las vituallas. La cólera de mi abuelo duró horas: «*¡Serás zoquete!*».

La señal de la cruz sobre el pan, la misa, la pascua. Al igual que la limpieza, la religión les otorgaba dignidad. El domingo se vestían con esmero, cantaban el credo al mismo tiempo que los grandes granjeros, echaban dinero en el cesto de la colecta. Mi padre era monaguillo, le gustaba acompañar al cura a llevar el viático. Todos los hombres se descubrían a su paso.

Los críos siempre tenían lombrices. Para expulsarlas, se cosía dentro de la camisa, cerca del ombligo, una bolsita llena de ajo. En invierno, algodón en los oídos. Cuando ahora leo a Proust o a Mauriac, no creo que evoquen los tiempos en que mi padre era niño. El panorama de mi padre era de la Edad Media.

Recorría dos kilómetros a pie para ir a la escuela. Cada lunes, el maestro les inspeccionaba las uñas, el cuello de la camiseta, el pelo, por si había piojos. Enseñaba con dureza, atizando con la regla de hierro en los dedos, *le respetaban*. Algunos de sus alumnos superaban el bachillerato entre los primeros de la comarca, uno o dos llegaban a la Escuela Oficial de Magisterio. Mi padre se perdía algunas clases porque tenía que ir a recoger las manzanas, agavillar el heno y la paja, por culpa de todo aquello que se siembra y se recoge. Cuan-

do volvía a aparecer por la escuela, con su hermano mayor, el maestro aullaba: «¡Así que vuestros padres quieren que vosotros seáis tan miserables como ellos!». Consiguió saber leer y escribir sin faltas. Le gustaba aprender. (Se decía «aprender», a secas, como beber o comer.) También dibujar, cabezas, animales. A los doce años estaba en el último curso de primaria. Mi abuelo lo sacó de la escuela para colocarlo en la misma granja que él. Ya no se le podía seguir alimentando por no hacer nada. «No se pensaba en ello: era así para todos.»

El libro de lectura de mi padre se llamaba *Le tour de la France par deux enfants* [La vuelta a Francia de dos niños]. En él pueden leerse frases extrañas como:

«Aprender a ser siempre felices con nuestra suerte»
(pág. 186 de la 326 edición).

«Lo más hermoso de este mundo es la caridad del pobre» (pág. 11).